

Índice



Ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario	13
Introducción	19
1. Terriblemente buenos.....	23
2. Al principio era la intro.....	33
3. Keith, George y Brian, en la cuerda floja	39
4. Palabras en el aire.....	49
5. Competencia en el escenario	57
6. Altibajos.....	67
7. Let's all get up and dance to a song.....	77
8. While my guitar.....	89
9. I need a fix.....	95
10. All you need is sex.....	107
11. Vishnú y los demonios	119
12. Cambiar el mundo.....	127
13. It's getting bitter all the time.....	137
14. Debate de baterías.....	151
15. Papa was a Beatle	157
16. Los mejores <i>frenemies</i> del mundo	167
17. La eternidad como legado	175
18. John y Mick, dos iconos.....	183
Conclusión.....	195
Anexo.....	199
Bibliografía.....	207
Agradecimientos.....	211

Ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario



Sé por experiencia propia el valor de la magnífica dicotomía, quizás absurda para las más nuevas generaciones, que celebra y desmenuza el libro que tienes entre manos, un ensayo estimulante, expertamente documentado, cabalmente planteado. Contaba yo catorce añitos, hace exactamente cincuenta, cuando los Beatles se separaron en 1970. Una hecatombe sin parangón posible en el globalizado mundo actual, donde cada día suceden una docena de catástrofes similares que, en cuestión de horas, han sido solapadas por otras más truculentamente mediáticas. Sin embargo, en mi clase de bachillerato, aquella aciaga primavera, la sensación de pérdida fue abrumadora, iniciática: nunca antes la cultura popular coetánea a nuestra infancia había mostrado su condición de falible. Se abría en nuestra adolescencia un abismo que jamás se colmaría verdaderamente. El fin de la inocencia.

La desaparición de Marilyn Monroe o James Dean era, en comparación, la muerte de estrellas lejanas, geográfica y culturalmente, que pertenecían a una generación anterior y estaban además adscritas a la maravillosa irrealidad del séptimo arte. Los Beatles suponían la modernidad cercana, sonaban por la radio y aparecían fugazmente en televisión. Sorprendían a nuestros padres y abuelos en una gradación que iba de la condescendencia al ultraje; nos habían abierto los ojos a un mundo nuevo, un prometedor futuro lleno de posibilidades, una alegría revolucionada. Los Beatles, que iban a serlo todo, guías hacia lo desconocido y bálsamo de nuestros pesares adolescentes, nos abandonaban. Durante meses circularon noticias sobre una posible reunificación, alentadas por la publicación de obras en solitario de

sus miembros; rumores lanzados y sustentados por los mismos listillos que, años antes, habían reinado en la escuela primaria no por meter más goles durante el recreo ni por sacar las mejores notas, sino por saber enunciar los cuatro nombres del santoral pop. John, Paul, George, Ringo.

Pronto descubrimos que los Beatles no habían sido los únicos en causar un renovador impacto en aquella música popular que, para nuestros padres y abuelos, se había reducido al conformismo de cantantes melódicos y orquestas de baile. En mis primeros guateques, en casa de una vecina de la escalera en mi barrio o durante las vacaciones rurales en casa de un amigo con hermana mayor ye-yé, sonaban los infalibles sencillos de los Beatles —y el fastuoso espectáculo lisérgico, aunque no supiésemos qué era eso de la psicodelia, de aquel álbum conceptual titulado *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* (1967)— pero asimismo baladas de los melosos Bee Gees y éxitos de Stax y Motown, temas en castellano de los Brincos y los Bravos, rocosas sacudidas de los Creedence, y, por supuesto, la desbordante sexualidad de los Rolling Stones y su “(I Can't Get No) Satisfaction” (1965). Ellos eran otra cosa, malotes y desnaturalizados, desafiantes y groseros, un despeinado y quizás pérfido reverso de los Beatles. Luego llegaron la tabernaria “Honky Tonk Women” (1969) y el elepé *Sticky Fingers* (1971), con “Brown Sugar” y “Wild Horses”, y a los quinceañeros nos quedó clara su animalesca prestancia.

Había algo sucio y viril en Jagger, Richards y compañía, en su total carencia de sentimentalismo, que nos atraía tanto como Paul y John excitaban a las chicas con sus a veces bobas confesiones románticas. Pronto supimos de la competencia, avivada por sus representantes en un ardid comercial tan antiguo como la farándula, entre dos bandas que habían transformado en paralelo la rigidez de la sociedad británica de posguerra y saltado a la conquista del planeta. Los Beatles representaban la excelencia musical, la originalidad melódica, el frenesí del rock and roll pero asimismo el legado armónico de la tradición romántica europea; y se habían separado tras una década en activo dejando un tesoro de canciones, que empezaron con frescura y empatía, y finalizaron en arte mayúsculo y cuestionamiento del mundo antiguo que gracias a ellos habíamos dejado atrás. Los Stones, desconocidos en España hasta el número uno mundial con “(I Can't Get No) Satisfaction”, seguían en marcha tras unos áridos inicios picando piedra en las más ancestrales vetas del blues y transgrediendo en sus letras los límites de la hipócrita moral imperante.

Es este el panorama ante el que nos sitúan Yves Delmas y Charles Gancel en *Beatlestones. Un duelo, un vencedor*. Autores franceses y por ello mejor pertrechados para rememorar las trayectorias entrelazadas de los Beatles, que actuaron en el teatro Olympia de París a principios de 1964, y de los Rolling Stones, que lo harían tres meses más tarde en el mismo escenario. Aunque en el catálogo de Milenio abunden los estudiosos autóctonos de los Beatles, los artistas que más títulos han visto publicados en esta editorial, nuestros vecinos los franceses vivieron el fenómeno pop antes, con mayor cercanía y, conviene recordarlo, en democracia. Los autores, sin duda atrapados en la disyuntiva de equilibrar las emociones que todavía les depara el fructífero contraste entre ambas leyendas, se propusieron zanjar el asunto desde una equidistante subjetividad, señalando los puntos de contacto y las obvias diferencias, poniendo en entredicho un engañoso punto de partida: los Beatles como chicos buenos que repartían positivismo y cursilería entre sus oyentes, y los Stones, sabido es, canallas antisociales, peligrosa manada.

En el mundo del rock suele pasar que nada es lo que parece, que el artificio devora a la verdad, lo hemos visto con frecuencia. Siempre uso como ejemplo a dos conjuntos tan antitéticos como los Velvet Underground y los Beach Boys, el Nueva York urbano y decadente contra la soleada California, el Yin y el Yang. Con sus canciones sobre drogas duras y heterodoxia sexual, los primeros proyectaban una mórbida sombra sobre la mitología de chicas rubias de piel bronceada y la relajada vida de los *surfers* de los segundos, pero en la realidad los Velvet superaron sus adicciones de juventud al cumplir los cuarenta cuando los Beach Boys siguen protagonizando uno de los psicodramas familiares más espeluznantes de la historia del pop: crueldad paterna, conexiones con la familia Manson, explotación del genio de un desequilibrado Brian Wilson por parte de su primo Mike Love y un psiquiatra aprovechado, muertes por abuso de drogas y alcohol, etc.

Los Beatles habían moldeado los años sesenta y se rindieron exhaustos tras el incalculable esfuerzo, hartos los unos de los otros; la nueva década, los setenta, iba a pertenecer, por lo menos en su primera mitad, a los Stones. Así lo confirman los autores de *Beatlestones*, desvelando que los de Liverpool provenían de la clase trabajadora y, gracias a los esfuerzos de su mánager Brian Epstein, aprendieron a ser modélicos ciudadanos a los que se perdona sus simpáticas travesuras, mientras que los Stones eran en su mayoría de ascendencia burguesa, y habían asistido a buenas escuelas, pero fueron encaminados por Andrew Loog Oldham, ideólogo de sus primeros años, hacia la sensacionalista estampa de “grupo que a vuestros padres les encanta odiar”.

Ambos conjuntos se conocieron en abril de 1963, cuando los Beatles, ya en el primer puesto de las listas de ventas con "Please Please Me", acuden al Crawdaddy Club en Richmond a ver una actuación de los Stones. Congenian y estos últimos logran contrato discográfico con Decca por recomendación de George Harrison, que parece no sentir resentimiento alguno por el hecho de que el mismo ejecutivo que ficha a los Stones había rechazado en su día a los Beatles. En septiembre, en un acto de generosidad que desmiente que la presunta competitividad viniese de origen, les regalan "I Wanna Be Your Man", que los Stones graban y publican en su segundo sencillo. La comparativa de las respectivas versiones del tema, que acometen Delmas y Gancel, es una de las brillantes evidencias que encierra este trabajo.

Asumida la idea de que dicha rivalidad fue creada artificialmente y valorando los hallazgos de unos y otros, que complementados definen el rumbo que la música popular enfiló entre 1965 y 1972, el libro no se contenta con lugares comunes o fáciles obviedades. Profundiza en las personalidades y talentos creativos de los distintos componentes de cada formación y resalta la igualdad que equipara a sus baterías. Es un bonito detalle el capítulo dedicado a Ringo y Charlie, pues los dos caballeros resumen desde su atalaya rítmica lo que representaron Beatles y Stones, ambos son ejemplos originarios de ese sabio y certero refrán que afirma que un grupo de rock es tan bueno como lo sea su batería. Frugales pero personalísimos, elementales aunque pletóricos, únicos en su especie, ambos merecen tanta consideración como los líderes de sus conjuntos.

Por supuesto que se habla en estas páginas de sexo y drogas, además de rock and roll. Los Beatles creían en el amor como estímulo vital y valor de cambio universal que devengaba intereses; los Stones hacían crónica erótica de sus indecentes hazañas sexuales y, ay, soltaban machadas que hoy serían políticamente incorrectas. Pero, en la fría realidad, tanto el mártir Brian Jones como el pendenciero Lennon han sido acusados de maltratadores. En lo relativo a drogas, podría imputarse a unos y a otros por haber sustanciado esa falsa ecuación que aseguraba que del porro se pasa a la jeringuilla. Luego está el absurdo asunto de la espiritualidad: los Stones jugaron con el satanismo y lo esotérico, superficialmente, y pagaron con sangre en el violento tumulto del festival de Altamont; los Beatles se apuntaron a un cursillo rápido de hinduismo y fueron timados por un gurú cantamañanas, más tarde Lennon proclamó su ateísmo... en el que incluyó a Elvis y Dylan.

Políticamente, hay palpables diferencias entre "Street Fightin' Man", donde Jagger vivía su fantasía de burgués que levanta adoquines e incendia

las calles, y “Revolution”, en la que el iracundo Lennon se desentiende de cualquier acción destructiva contra el sistema y es elevado a la categoría de pacifista tontainas. En lo que ambas empresas más se asemejaron fue en los egos enfrentados, las disputas financieras y las puñaladas traperas que abundan en estas páginas. Es la condición humana, claro, exasperada ante el éxito infinito y la pasta gansa. Finalmente, *Beatlestones* concede que los primeros fueron genios del estudio de grabación y los segundos convirtieron el rock and roll en un monumental espectáculo.

Ambas sagas, cada una a lo suyo, contribuyeron a solidificar un género, el rock, que solo ha superado a sus inventores tecnológicamente, jamás en lo esencialmente humano. Pero no voy a desvelar aquí el veredicto final dictado sobre el caso que tan enjundiosamente trata este ensayo. Esto sería, además de impertinente y descortés, tan peliagudo como decidirse entre el indestructible *riff* que vertebra “(I Can’t Get No) Satisfaction” o el estridente acorde con que arranca “A Hard Day’s Night”. No hay manera.

IGNACIO JULIÀ

Introducción



—¡El *riff* de “Satisfaction” equivale por sí solo a todos los álbumes de los Beatles!

—Los Beatles escribieron más canciones buenas en ocho años que los Stones en casi sesenta.

La conversación promete estar subida de tono, nada podrá evitarlo. Así, ya bien iniciado el siglo **xxi**, aún seguimos debatiendo sobre algo que conmocionó la segunda mitad del siglo **xx**. Dos grupos británicos, los Beatles y los Rolling Stones, inventaron por primera vez en la historia una nueva generación: la juventud, apasionada de los mismos y que se dirigía hacia el año 2000 en equilibrio entre la magia de la imaginación y de la creación con los Beatles, la energía y el impulso sexual con los Stones.

Todavía hoy, la música de los Beatles sigue teniendo la misma frescura que en 1963. Sus títulos suenan constantemente en las radios de todo el mundo. McCartney continúa cautivando con alegría a la multitud, dando vida sobre el escenario a su repertorio y al de los Beatles. Canta “Eight Days A Week” con la misma fogosidad adolescente, aunque aún no se ha atrevido con “When I Was Sixty-Four”.

En cuanto a la añeja máscara de los Stones, esta continúa su conquista difundiendo “Under My Thumb” ante estadios fosforescentes de bonitas calvas, acompañadas esta vez por sus hijos, por sus cónyuges y por sus nietos. ¿Quién hubiera pensado que esta música traspasaría generaciones cuando el mismo Jagger afirmó en 1965 que no se imaginaba cantando “Satisfaction” con cuarenta años? Nació el 26 de julio de 1943 y aún la canta, y lo seguirá haciendo...

Así que la controversia sigue en pie. Aunque controversias, ha habido muchas. Y terribles. ¿Nixon o Mao? ¿Anquetil o Poulidor? ¿Tabaco negro o tabaco rubio? ¿Real Madrid o Barça? ¿Fender o Gibson? ¿Fútbol o rugby? Existen infinidad de preguntas que requieren respuestas tajantes. En estos casos no hay lugar para el gris. Y entre todas las preguntas que han animado (y que aún animan) las cenas entre amigos, está la eterna interrogación: “¿Eres más de los Beatles o de los Rolling Stones?”, interrogación que jamás ha permitido una síntesis matizada o evasivas. El debate sigue al rojo vivo.

Todo comenzó en abril de 1963. Andrew Loog Oldham, de diecinueve años, era el ambicioso colaborador de Brian Epstein, el mánager de los Beatles. Andrew vio a los Rolling Stones debutando en un club del norte de Londres. Quedó subyugado. Inmediatamente se dio cuenta de que se convertirían en la antítesis de los cuatro de Liverpool, en plena ascensión hacia un éxito mundial. Su intuición no le defraudó. Se convertiría en su mánager. El talento y la singularidad de los cinco Stones se confrontarían con los de los Beatles y la vitalidad de ambos grupos marcaría una década increíble. Los demás perderían el aliento intentando perseguir a estos cometas.

¿Se puede amar a la vez a los Beatles y a los Stones sin levantar sospechas? En tiempos de guerra musical hay que elegir un bando. Se es conservador o rebelde, prudente o agitado, atrevido o taciturno, pop o rock. No cabe término medio. El campo de batalla cultural rara vez ha sido atravesado por una rivalidad tan emblemática como la que enfrenta a ambos grupos, separados por lo que han encarnado. Lo que muchos no saben es que la historia común que los ha forjado también los ha conectado de forma permanente. Los años sesenta, al oponerlos, en realidad lo que hicieron fue vincularlos, con competición y connivencia, más allá de su fractura original. Una pareja tumultuosa pero indivisible que ha sabido poner voz y música a los momentos colectivos de una época, mientras ha acompañado a millones de jóvenes —o menos jóvenes— en su aventura íntima. “*The Beatles and the Stones [...] put a V in Vietnam, the Beatles and the Stones made it good to be alone*”¹ cantó The House of

1. “Los Beatles y los Stones han puesto una V a Vietnam, los Beatles y los Stones nos hicieron sentirnos bien por estar solos”, en “The Beatles And The Stones”, 1990.

Love, antes o después que otros autores² que emplazan simétricamente las dos estrellas gemelas.

La controversia Beatles contra Rolling Stones perdura porque está a la altura de la huella con que marcaron su tiempo, por su talento, sus éxitos comerciales y, especialmente, por el entusiasmo que suscitaron. Ha sobrevivido a los Beatles en ambos lados del Atlántico.

Y puesto que hay que zanjar el asunto, lo haremos, recurriendo a veces a la subjetividad, pero sin mala fe, zarandeando las ideas recibidas o las fronteras —a menudo erigidas de manera artificial entre los dos grupos—, y debatiendo también con la exigencia que requiere esta interminable batalla. Analizaremos los cruces de caminos, las comparaciones y las fricciones más que los destinos paralelos.

Capítulo tras capítulo, y con cariño hacia estos dos gigantes de la música, demostraremos cuál ha sido la auténtica matriz musical y cultural de estos últimos cincuenta años, a riesgo de ganarnos, una vez presentadas las conclusiones, una multitud de intransigentes enemigos, e igual cantidad de amigos agradecidos.

2. “Are You A Boy Or Are You A Girl” de The Barbarians (1965), “Winds Of Change” de Eric Burdon and the Animals (1967), “One Of The Guys” de MC5 (1967), “Mansions” de The Mamas & The Papas (1968), “Beatle Bones And Smokin’ Stones” de Captain Beefheart (1968), “American Pie” de Don McLean (1971), “All The Young Dudes” de Mott the Hoppole (1972), “Are You A Beatle Or A Rolling Stone” de Delaney Bramlett (1972), “1977” de The Clash (1977), “Ready Steady Go” de Generation X (1978), “Shame” de Eurythmics (1987), “Hatchet” de Low (2007), “Beatles And Stones” de Beady Eye (2011)...

1

Terriblemente buenos

*The Beatles want to hold your hand.
The Stones want to burn your town.*¹

TOM WOLFE

Realmente los Beatles eran tipos duros. Brian Epstein los pulió para el consumo de masas, pero eran cualquier cosa menos mariquitas. [...] Eran de Liverpool [...] y Ringo era del Dingle, que es como el maldito Bronx [...]. Los Rolling Stones eran niños de mamá. Fueron a Londres a morir de hambre, pero fue su elección, para darse un aura menos respetable.

LEMMY KILMISTER (cantante de Motörhead)

Invitado a hablar sobre las diferencias entre los Beatles y los Rolling Stones, Mick Jagger confiesa a *Melody Maker* en 1966 lo siguiente: “No me imagino a Ringo, por ejemplo, con una pistola en la mano matando a alguien en una película. Pero creo que no nos sorprenderíamos si fuera Brian...”. La tradicional oposición entre los buenos de los Beatles y los malos de los Rolling Stones es esencial en la historia de estos dos grupos, pues en torno a este posicionamiento inicial, en torno a esta frontera ficticia pero fundadora, es donde se moldearon las trayectorias públicas de ambos grupos o los valores que simbolizaban, y donde los Stones pudieron desmarcarse de sus engorrosos antecesores.

A sus respectivos mánagers les debemos ese Yalta original que ancla en el paisaje la dicotomía entre los supuestamente buenos Beatles —con destino universal y alegre—, y los Stones —sucios, duros y malhumorados, símbolos del individualismo bohemio y sexual—. El *marketing rock* se encargará de

1. “Los Beatles quieren coger tu mano. Los Stones quieren quemar tu ciudad”.

lustrar la imagen de los granujas de Liverpool y de ensombrecer la mirada del quinteto *bluesy* de ascendencia parcialmente burguesa de los suburbios de Londres.

En el muestrario sociológico extremadamente sutil que los británicos aprecian y manejan constantemente, los *bad boys* provienen mayormente de la clase trabajadora. Ninguno de los Beatles es una excepción a este origen, pero John Lennon, que cultivó un gusto por las raíces obreras y aspiraría a ser gran activista de izquierdas es, paradójicamente, el que tuvo una educación más esmerada. Fue criado por su tío George y su tía Mimi en una casa de un barrio ocupado por la pequeña burguesía de Liverpool, y que contaba incluso con la incomparable ventaja de tener sus propios aseos, algo que Paul, George o Ringo, acostumbrados a los alojamientos sociales de la posguerra, no conocerían hasta más tarde. Sin embargo, dadas sus inclinaciones musicales y su actitud, John jamás alimentaría una posible confusión. Aún no había escrito “Working Class Hero” (1970), pero exigía y reivindicaba la *working class*, un estatus más fácil de asumir que el de *lower middle class*, más tibio. Por su parte, aunque los demás Beatles vivían de manera mucho más humilde, no formaban parte, a excepción de Ringo, del lumpenproletariado de Liverpool. Siempre los acompañaba algún instrumento musical, y ciertamente había en la ciudad barrios mucho más hostiles que aquellos en los que crecieron.

Tan importantes como los lazos sociales fueron aquellos que los conectaban con la ciudad portuaria de Liverpool —los padres de John, de Paul y del primer bajista Stuart Sutcliffe fueron marineros, y el padre de Ringo fue estibador—, ciudad repleta de irlandeses —John, Paul y George tienen origen irlandés—, de galeses y de chinos. Todos los Beatles tenían ese acento *scouser* irremediablemente obrero que la tía Mimi trataba en vano de hacer perder a John y que no soportaba de Paul ni de George, quienes tenían prohibido permanecer en su sala de estar y estaban obligados a ensayar en el porche de la casa. Por su parte, Liverpool también tiene una tradición católica y una mayor inclinación por el humor y la irreverencia que el resto de Inglaterra. Pero en un país del que se suele decir que parece haber colocado su *Mezzogiorno* en el norte, ser de Liverpool estaba lejos de ser una ventaja a principios de los años sesenta. George recordaba: “En nuestros comienzos, muchos grupos londinenses nos decían que a diez millas al norte de Watford se entraba en el país de los cagaderos. Nos lo repetían todo el tiempo: no llegaréis a nada, malditos norteños”. Antes que ellos, pocos cantantes de su región habían triunfado en Londres y cuando Decca

los rechazó en 1962, fue para ofrecerle un contrato a Brian Poole & The Tremeloes porque, se sabrá más tarde, tenían la ventaja de ser londinenses.² Pese a ello, los Beatles se mudaron a Londres en 1963, donde, por primera vez en su vida y ante la gran sorpresa de Ringo, verían a los chicos saludarse con un beso. Con todo, siempre recordarían su conexión con Liverpool; lo cantarían en “Penny Lane”, “Strawberry Fields Forever”³ o en “In My Life”, se permitirían una referencia regional al bautizar a su editorial como Northern Songs, y permanecerían fieles a sus raíces. “Fuimos los primeros cantantes proletarios que siguieron siendo proletarios, lo dijimos y no intentamos cambiar nuestro acento...” afirmó Lennon.

Pese a todo, Brian Epstein, aficionado a la ópera educado en los colegios privados de Liverpool, les enseñó a pulir su pronunciación para que se les pudiera entender mejor y tuvieran una mayor aceptación. Su habilidad para el *marketing* hizo el resto, transformando en *well educated men* y en yernos ideales a cuatro maleantes poco recomendables vestidos de *teddy boys*, acostumbrados a pelearse en las discotecas o en los callejones, y habituados a las chicas de vida alegre e incluso a los hurtos. Sus estancias en Hamburgo entre 1960 y 1962 consagraron sus debilidades por las pequeñas gamberradas; un marinero borracho fue atracado de forma cobarde y los contactos con prostitutas y proxenetas llenaban sus noches bajo el efecto de las anfetaminas. “Tienes que ser un cabrón si quieres triunfar, eso es así. Y los Beatles son los más cabrones de la tierra”, declaró Lennon, experto en la materia. Nadie lo pone en duda. Pero eran unos cabrones con talento, divertidos y con una capacidad extraordinaria para volverse amables, o incluso de serlo realmente.

Epstein cinceló su apariencia y su actitud, tanto en la ciudad como en el escenario. Compró fotos de John en ropa interior y otras imágenes poco convenientes, y pidió a los cuatro que cambiaran los Woodbine —cigarrillos del proletariado— por los Senior Service —más elegantes—, y que Lennon abandonaría por los Gitanes, más viriles. Les prohibió, con más o menos éxito, comer, beber o fumar durante un concierto, desabrocharse el cuello de la camisa, responder a las demandas de las canciones que emanaran del público, insultarse, darse una palmadita en la espalda y dirigirse a las espectadoras de las primeras filas. Les hizo abandonar el pantalón y la chaqueta de

2. Y también “porque las guitarras eléctricas no tienen futuro”.

3. Ringo publicaría en el 2008 un single y un álbum, *Liverpool 8*, título que tomó del distrito postal del barrio de Toxteth donde nació. Paul compondría un *Liverpool Oratorio* en 1991 y, una vez que la reina lo hubiera ennoblecido, haría figurar en su escudo de armas un *liver-bird*, pájaro mítico mitad cormorán, mitad águila, símbolo de Liverpool.

cuero, los confundió en uniformes con corbata y les obligó a saludar juntos al final de cada parte. Todos lo aceptaron, aunque John lo hizo a regañadientes. La fórmula funcionó de maravilla y rápidamente los hizo ricos, famosos y aceptados por la multitud, que los conocía como los Fab Four.⁴

Cantaban casi como chicas, tenían el cabello demasiado largo y en sus comienzos desagradaban a muchos de sus conciudadanos adultos, pese a la cura de respetabilidad que Epstein les había impuesto. El diputado conservador Henry Price se angustiaba por el efecto hipnótico de la Beatlemania en los adolescentes, cuyos “ojos se vuelven vidriosos, sus bocas se abren totalmente y sus manos tiemblan sin tregua”. El primer ministro Alec Douglas-Home incluso amenazó a los canadienses con enviarles a los Beatles si dejaban de comprar productos británicos. Sin embargo, el éxito hizo que rápidamente se perdonase su exceso capilar y su hermosa despreocupación. Establecieron una gran disyuntiva sin precedentes al lograr representar a la juventud y agradar a los padres al mismo tiempo, extasiar a las muchachas y hacer bailar a los adultos.

Los atajos psicológicos son en ocasiones sospechosos, pero nos extraña que su infancia, a menudo caótica, no provocara en ellos más confrontaciones con el mundo adulto. Los padres de John y Ringo estuvieron ausentes desde una edad muy temprana. La muerte del tío George, quien estuvo a cargo de Lennon y que falleció cuando este contaba con quince años, supuso un duro golpe para él. La desaparición precoz de las madres de Lennon y McCartney cuando tenían diecisiete y catorce años respectivamente fue un drama que los unió. Por su parte, Paul mantenía con su padre un afecto profundo, al igual que George Harrison con sus progenitores. La relación con sus mayores era más una ausencia dolorosa o una proximidad feliz que un conflicto permanente. Sus textos jamás necesitarían romper con el mundo adulto para ser el espejo de una nueva generación. “No odiamos a nuestros padres”, respondió Ringo a un periodista ante la pregunta sobre qué distinguía a los Beatles de los demás grupos. Paul y John escribirían sobre sus madres en dos de sus canciones más hermosas (“Let It Be” y “Julia”) y, aunque “She’s Leaving Home”, del álbum *Sgt. Pepper’s Lonely Hearts Club Band*, es una composición sobre la difícil situación entre una joven fugitiva y sus padres, era la falta de comunicación lo que estaba en el centro de la

4. Abreviatura de Fabulous Four. La expresión es de Tony Barrow, su asesor de prensa durante sus inicios.

historia, y no el abismo generacional del que trataban tantas canciones en aquel momento.

Incluso antes de que la reina los hiciera miembros de la Orden del Imperio británico en 1965 por su servicio a la economía y por su comportamiento de dignos representantes de la cultura de su país, todos parecían desearles lo mejor. El diputado conservador Charles Taylor preguntó al ministro del interior, Henry Brooke, si la policía no debería protegerlos mejor de sus fans. Lograron conquistar las ciudadelas burguesas y aristocráticas del reino manteniendo en cierta medida su acento, pero abrazando la tradición del *music-hall* inglés. Adoraban la comedia y las sandeces, y cada año grababan un disco navideño para su club de fans en el que compartían agradecimientos, bromas y algunas canciones. Sus entrevistas a cuatro rompían el esquema conformista que entonces prevalecía. Eran extravagantes, amablemente provocadores, espontáneos. Nos peleábamos por sus punzadas e insolencias verbales y sus réplicas. Consiguieron un éxito sin precedentes al convertirse en los embajadores de la juventud mientras eran queridos por todos, al iniciar una revolución cultural, al hacer caer las barreras o los prejuicios sociales, al ser el orgullo de la clase obrera escribiendo ellos mismos sus temas, pero también el orgullo de toda Gran Bretaña al conseguir triunfar en América. Su variedad de estilos les permitía cuidar a sus fans roqueros, incluyendo viejos estándares en sus primeros álbumes, y halagar a los más mayores, integrando de buen grado un toque retro.⁵

Algunos de los Stones tuvieron orígenes diferentes. El padre de Mick era profesor de educación física en Dartford, un agradable barrio de la periferia de Londres; su madre era peluquera y miembro activo del partido conservador. La familia vivía cómodamente y en ocasiones pasaban sus vacaciones en el extranjero. En cuanto a Brian Jones, este provenía de una familia burguesa de Gloucestershire. Su padre era ingeniero aeronáutico y su madre impartía clases de piano. Al contrario que Brian Jones, Keith Richards pertenecía a la *working class* y su infancia, aunque cálida, estaba lejos de ser tan comfortable como la de Mick. Relató en sus memorias los rodeos que solía hacer al regresar de la escuela para evitar las palizas que le propinaban cuando pasaba por las zonas poco acogedoras de Dartford de camino a casa, situada en un área menos opulenta que la de Jagger. Por su

5. Especialmente en “A Taste Of Honey” (Scott-Marlow), “Baby It’s You” (David-Williams-Bacharach), “Till There Was You” (Meredith Wilson), “Mr. Moonlight” (Roy Lee Johnson), o “All I’ve Got To Do” y “And I Love Her” (Lennon-McCartney).

parte, Bill Wyman y Charlie Watts, aunque ambos son de origen obrero, en el momento en el que nacieron los Rolling Stones, tenían una existencia ordenada, trabajaban y tocaban en grupos musicales. El ascensor social funcionó para Charlie, que estudió en una *art school*, y para Bill, que se casó y se ganaba la vida decentemente.

En su debut en 1962, nada hacía presagiar que estos enamorados del blues se convertirían en el grupo de rock más escandaloso de los años sesenta. Eran jóvenes londinenses de su época, poco sujetos a las dudas, que simplemente querían tocar la música que amaban y vivir de ella. Por muy burgueses que pudieran ser sus orígenes, Brian y Mick, a quienes la esposa de Charlie Watts calificó más tarde, incluyendo a Keith, de “los feroces Rolling Stones”, optaron por un estilo bohemio. Vivían en condiciones precarias y compartían entre los tres un vetusto apartamento en el 102 de Edith Grove, en Chelsea. Los platos sucios se amontonaban en el fregadero, el radiador funcionaba con monedas y Watts les daba un chelín de vez en cuando para asegurarles algunas horas de calefacción.

El *look* de sus inicios era prudente: camisas abotonadas o cuellos altos, cabello ordenado y apenas más largo que el de los Beatles. Una cierta atracción por el descuido hizo que su primera entrevista con la BBC se acompañara de muchos “*Yeaaaaah*” y “*Noooo*”, según sus detractores, si bien aparecieron con traje y corbata en *Thank You Lucky Stars* o *Ready Steady Go!* en el verano de 1963.

Pocos meses antes, los de Liverpool habían impulsado el pop en la escena mediática y ocupaban las columnas de la prensa sensacionalista. Y Oldham sabía aprovechar lo que Epstein obtuvo en términos de *marketing* y de control de imagen. Su genialidad consistió en entender que querer parecerse a los Beatles era un combate perdido de antemano. Los Stones jamás tendrían tanto talento, jamás serían tan populares y creativos como sus mayores, y parecían estar condenados a ser los eternos delfines si decidían competir en la misma categoría. Los Beatles estaban en el *show-business*, así que era crucial que los Stones no lo estuvieran, que fueran los anti-Beatles.

“No había posibilidad de izquierda hasta que los Beatles crearon el centro”, escribió Greil Marcus. Oldham cambió de carril muy rápido, sin poner el intermitente. Poco modesto, declaró: “Les dije quiénes eran y en ello se convirtieron”. El filón de la provocación resultó prometedor, el mánager tenía las ideas claras: “Si a los padres les empiezan a gustar los Stones, los adolescentes por los que nació este grupo comenzarán a pensar que lo están perdiendo en beneficio de los mayores y lo rechazarán. Me he asegurado de

que los Stones no gusten demasiado”. Así, al cultivar su imagen indisciplinada para conquistar a los jóvenes mientras intimidaban a los adultos, creó una nueva línea de demarcación e inventó su “zona libre”. Los Stones se convirtieron, siguiendo sus propósitos, en “el grupo que a vuestros padres les encanta odiar” y el ultraje se transformó en fondo de comercio lucrativo en una época en la que los fans cada vez tenían más dinero para gastar. Para los Stones, afirmó, “las malas noticias son buenas noticias”. Todo pretexto era bueno con tal de que se hablara del quinteto y de ligarlo a una juventud en busca de una identidad de ruptura. Las madres que los Stones evocaban en sus canciones no eran realmente a las que se dedican impulsos de amor filial.

En marzo de 1964, Oldham redactó el título de un artículo del *Melody Maker*: “¿Dejaría usted que su hija se casara con un Rolling Stone?”.⁶ Después, remató en la carátula de su primer LP,⁷ que salió a la luz unos días más tarde: “Los Rolling Stones no son solamente un grupo, también son un modo de vida”. Organizó entonces su progresivo aspecto desaliñado, sin tener que forzar a Brian, Keith o Mick, encantados de que su papel de mocosos fuera coherente con la imagen pública que a partir de entonces debían mostrar. Hacían alarde de una mirada oscura y agresiva, y jamás podían sonreír en las fotos. Incluso Jagger intentó perfeccionar un acento *cockney* y continuó la mutación iniciada antes de la creación de los Stones, dejando atrás “Michael”, un nombre con muy pocas connotaciones del East End, sustituyéndolo por “Mick”. Todo se hacía para rejuvenecer al viejo Bill cinco años y ocultar la múltiple paternidad de Brian; los rebeldes no tienen esposa ni hijos.

En abril de 1964, el presidente de la asociación de peluqueros olvidó su aversión por la cabellera de los Beatles para centrar su desprecio en la de los Stones, más hirsuta aún, y publicó un anuncio en el que ofrecía una copa gratis al primer cantante o grupo melenudo que consiguiera el primer puesto en los *rankings*. El *Leicester Mercury* lo transmitió al mencionar en un artículo a “cinco jóvenes cuyos cortes de pelo hacen que los Beatles parezcan calvos”. La ocasión que Oldham había soñado. En diciembre de 1964, mientras los Fab Four regalaban a sus fans un nuevo disco navideño en el que fragmentos de “Jingle Bells” o “Can You Wash Your Father’s Shirt” se mezclaban con deseos y bromas, los Stones ofrecieron un anuncio en el *NME*

6. “*Would you let your daughter marry one?*” “¿Dejaría a su hija casarse con un Stone?”, subrayó Maureen Cleave en el *Evening Standard*, en abril de 1964.

7. *The Rolling Stones*.

deseando Feliz Navidad a “todos los peluqueros hambrientos y sus familias”.

La explosión Stones de 1964 hizo que la popularidad del grupo se desbordase. Su público era violento y difícilmente se podía mantener bajo control. El *Daily Mirror* había inventado el término Beatlemania, tras unas escenas de histeria colectiva a la salida de un concierto en el London Palladium; el *Daily Express* hablaría de la *Stonefuria* en agosto de 1964, después de una actuación muy agitada en La Haya.

Las pequeñas provocaciones, que hoy en día suscitarían simples amonestaciones pero que a sus autores les costaron juicios de opinión o procedimientos legales, se sucederían y alimentarían la leyenda. Su paso por el juzgado y una multa en 1965 por haber orinado en las paredes de una gasolinera cuyo gerente les negó el acceso a los baños, o las discusiones con dueños de restaurantes, eran ocasiones ideales para hablar sobre el grupo. Las notas en la parte posterior de la carátula de *Rolling Stones No. 2*, que invitaban a los fans a golpear a los ciegos y a quitarles la cartera para comprar el álbum, se mencionaron incluso en la Cámara de los Lores.

Desde finales de 1964 ha sido imposible ser a la vez fan de los Stones y de los Beatles, pues la imagen de ambos evoca una identificación totalmente opuesta. Los primeros son modernos, agresivos, libidinosos, vulgares y críticos con la sociedad adulta. Los segundos son optimistas, amables, abiertos, cultos y chistosos. Hay que elegir un bando entre el *establishment* y el inconformismo, entre el “brillante sol apolíneo” de los Beatles y la “pálida luna dionisiaca” de los Stones⁸.

No importaba que Paul hubiera iniciado a Mick en el cannabis, o que los Beatles fueran los primeros en llevar pelo largo, que fueran mucho mejores rockeros que los Stones —por lo menos hasta 1966—, que siempre hubieran cantado “Bad Boy” de Larry William y peleado más que sus rivales, que fueran indudablemente más divertidos y sarcásticos, o incluso más drogadictos que ellos, que rivalizaran sobre el terreno de las redadas policíacas o de los problemas con la justicia, o que pudieran comportarse sin complejos como auténticos cerdos. Seguían siendo los educados héroes del pop, mientras que los Stones permanecían como los roqueros venenosos. El fallo del *marketing* estaba dictaminado, los clubes de fans y la prensa hacían su trabajo, el posicionamiento estaba funcionando. Se establecieron las fronteras. Los agentes aduaneros tendrían poco trabajo.

8. Expresiones de Jonathan Gould, historiador y biógrafo de los Beatles.

Tras el abandono de los conciertos en 1966 y la desaparición de Epstein al año siguiente, los Beatles gozaron de una libertad de acción y de actitud absolutas para convertirse, si lo deseaban, en barbudos, místicos, librepensadores, líderes de la contracultura o grandes amantes de las drogas. Sin embargo, nunca perderían totalmente su primer anclaje en la mente del público. La prensa no informaba sobre sus trastadas ni se hacía eco de sus vidas sexuales, que eran, por lo menos y durante algunos años, tan desenfrenadas como las de sus supuestos rivales. Como cuando la policía realizó una redada antidroga en casa de Keith Richards en febrero de 1967 que, según los rumores, fue tras haberse asegurado de que George Harrison y su mujer Pattie, invitados aquel día, habían abandonado el lugar. Hay mitos, más aún que reputaciones, que no se pueden manchar.

El poder establecer hoy en día cuáles, los Beatles o los Rolling Stones, eran más roqueros o más simpáticos es de un interés limitado. Ninguno de ellos era realmente tierno o sentimental. Pero la coexistencia de ambos grupos rebosantes de talento y con una personalidad fuera de lo común ha dado lugar al primer contra posicionamiento de *marketing* en la historia del rock al erigir a unos anti-Beatles fortalecidos con culturismo frente a unos Beatles suavizados sobre el altar de los futuros éxitos. Todos supieron ocupar con ingenio el molde en el cual se forjó su representación colectiva. Los Beatles se alejaron de esta matriz original a partir de 1966; fueron a la vez libres y auténticos, incluso contestatarios a través de Lennon o humanitarios a través de George, pero la diferencia de imagen con respecto a los Stones no parece haber cambiado. Estos últimos, a pesar de vagar por los confines de las discotecas y de la jet-set, de su predilección por hermosos coches o por mansiones de la élite a la que rechazaron en sus comienzos, siguen siendo EL grupo de rock por excelencia.

Pero que los Beatles siempre supieron quiénes eran realmente sus amigos y rivales, se comprueba a través de un divertido guiño en la portada de *Sgt. Pepper*. Se trata de la muñeca con la efigie de Shirley Temple cuyo jersey tiene bordado, en el pecho, un indulgente “*Welcome the Rolling Stones*” y, en la manga, un inesperado y malicioso “*Good Guys*”...

El editor y el autor se disculpan por cualquier error u omisión.
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

Con la colaboración de



© del texto: Yves Delmas, Charles Gancel, 2020
© de la traducción: Krauss Language Solutions, LLC
© del prólogo: Ignacio Julià, 2021
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2020
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

© Diseño de maqueta: Pilar Júlvez

Primera edición: febrero de 2021

Impresión:
Arts Gràfiques Bobalà, S L
Sant Salvador, 8
25005 Lleida
www.bobala.cat

ISBN: 978-84-9743-926-8
DL: L 28-2021

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.